



13

ALOCUCION DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA

Don Diego Martinez Barrio
en el XXV Aniversario del 14 de Abril 1931

ESPAÑOLES :

La marcha del tiempo, inexorable, nos ha traído otra vez en el destierro el aniversario de la proclamación de la República. Donde estábamos ayer estamos hoy, pero con dolores aumentados. Durante el transcurso del último año han sido bajas en nuestras filas beneméritos compatriotas caídos definitivamente, unos en el propio solar patrio, y otros sobre las tierras hospitalarias que les dieron albergue y trabajo. Leales hasta el fin de sus vidas, han cumplido, no sólo los deberes que tenían con España, sino aquellos otros del respeto a sus ideales y juramentos. Ríndoles, con estas palabras, un afectuoso tributo y pido que se asocien a él todos los buenos españoles.

Tampoco en estos últimos doce meses, ha podido salir de su postulación la Patria dividida. Sin embargo, el designio de salvarse permanece intacto, y lo mismo fuera que dentro del país las voluntades alertas apresuran la hora de la liberación. Allí, extensas zonas de opinión exteriorizan sus protestas con mayor virilidad que nunca, y acá el servicio de la emigración, desenvolviéndose en obras culturales, técnicas y profesionales, ha conseguido el respeto y conquistado la admiración de la opinión internacional vigilante. Ambos esfuerzos, al reunirse y conjugarse, permitirán ofrecer a la nación entera la posibilidad del renacimiento con tantas ansias esperado.

Dos peligros debemos prevenir en la realización del deseo nacional. De una parte acecha el sectarismo fascista, impermeable a las corrientes del espíritu, y de otra el sectarismo demagógico para el cual son baldías las enseñanzas de la Historia. Del uno y del otro es preciso liberarse para impedir la reapertura de las pasadas luchas que tanto mal causaron al país. Desde 1936 a nuestros días han surgido nuevas generaciones sobre el haz de las dos Españas, ya afincadas en el territorio nacional, ya peregrinas por tierras de Europa, de

América y de Africa. A esas generaciones, que la distancia física separa pero que el espíritu reúne, corresponde la obra de reconciliar a los españoles.

Ninguna labor más urgente. Sin ella las demás serían infecundas y transitorias. El español emigrado, cuya prosperidad económica señala cuán grandes son las cualidades de la raza, no ha dejado que se le sequen en el alma las semillas del amor patrio que le inculcaron sus mayores, y ama a España con vigor y pasión, esperando impaciente que se le abran las puertas de la patria, temporalmente perdida. A su vez el español no salido de España, percibe que, tras las fronteras, hay brazos que le aguardan, voces fraternales que quieren unírseles y un gran torrente de sangre moza dispuesta a enlazarse con la de sus hermanos.

La ceguera del sectarismo político tiene cortado en dos el cuerpo nacional. Se ha querido meter al país en la camisa de fuerza de unos principios rígidos, incapaces por su inflexibilidad de coexistir con otros de matiz distinto, como si fuera posible sujetar el vuelo del espíritu en los moldes de las definiciones doctrinales. La verdad necesita para su realce la libertad del error, al cual no se vence con persecuciones, sino con las armas de la inteligencia.

Todo el problema español se concreta en la trágica oposición de unos principios considerados intangibles y el libre ejercicio de la investigación intelectual. Prácticamente, luego, en las incidencias de la lucha entre el cesarismo y la libertad individual, se alían los más extraños y al parecer contradictorios elementos, coincidentes en la condenación de los derechos esenciales del hombre; y por las mismas vías del terror político y de la coacción moral llegan a la conclusión de la omnipotencia del Estado, divinidad monstruosa del mundo contemporáneo, que exige como tributos la obediencia física y la servidumbre espiritual.

La España que procuran reconstruir los españoles, no es eso ni nunca ha deseado serlo. Queremos una sociedad basada en la libertad; libertad de reunión, de asociación y de expresión del pensamiento por medio de la pluma y de la palabra; de igualdad en las obligaciones y los deberes; respetuosa con el derecho ajeno como reciprocidad al ejercicio del derecho propio; sendero caminante hacia el mejoramiento general, ya que la perfección es inaccesible. Sociedad donde convivan las distintas clases que la integren, subordinando el interés de cualesquiera de ellas al de la Ley, acordada y votada por órganos nacidos de la voluntad popular; conjunto nacional, en el cual las diversas modalidades que constituyen los pueblos de España desarrollen sus actividades peculiares con las características que a cada uno ha puesto la Historia.

Las nuevas generaciones acaban de demostrar cuáles son sus propósitos. No servirá para contenerlas o despistarlas que el Estado policiaco destaque esbirros y decrete deportaciones. El español, imperturbable, repite las imprecaciones de Quevedo:

« No he de callar, por más que con el dedo,
ya los labios tocando, ya la frente,
silencioso avises o amenazas miedo.
¿ No ha de haber un espíritu valiente ?
¿ Siempre se ha de sentir lo que se dice ?
¿ Nunca se ha de decir lo que se siente ? »

Cualquier buen día, en el foro, en la Universidad o en la plaza pública, la multitud letrada o anónima, matriz de España, dirá su palabra de mando, y automáticamente caerán los falsos dioses de los pedestales, tanto el dictador como el fanático que atiza el odio de clases. Un nuevo aliento, valeroso y puro, soplará por encima del Moncayo y llevará las voces de victoria del uno al otro mar.

Hace veinte años, en los umbrales del 14 de abril, era yo Presidente interino de la República. Ya tenía España contraída la faz, y estaba iniciado el diálogo de las pistolas. En mi despacho del Palacio Nacional intenté conjurar la tormenta. Hablé a hombres de distintas creencias y condición; recibí las visitas de personalidades muy alejadas del Gobierno, tales como D. José María Cid, D. Gregorio Marañón, D. José María Gil Robles y D. Juan Ventosa; aconsejé donde debía hacerlo la procuración de una pausa en la lucha política, para utilizar el armisticio como antesala de acuerdo entre todos los partidos, y aunque no me acompañó la fortuna, supe entonces, y no he olvidado, que los odios frenéticos y homicidas eran patrimonio exclusivo de unas minorías situadas en las zonas extremas de la sociedad nacional.

Por muchos otros medios pude comprobarlo. El día 20 de abril marchamos a Sevilla el Presidente de la Generalidad de Cataluña, D. Luis Companys, el jefe militar de la Casa Presidencial, D. Domingo Batet, el Ministro de Justicia, D. Manuel Blasco Garzón, diversos funcionarios civiles y militares, y yo. A lo largo del trayecto y en la Ciudad donde he nacido se nos tributaron calurosas manifestaciones de simpatía, que en la forma y el fondo expresaban el deseo de ver restablecido un clima de concordia. Pero; ay! unos meses más tarde, desbordado el Gobierno, fallaron las lealtades obligadas y cuando la espada tomó el puesto de la Ley, España, en la cruz, comenzó a desangrarse.

Abstengámonos de hacer más duros juicios. Las faltas y los yerros no se produjeron exclusivamente en uno de los campos beligerantes. Se extendieron por todos los ámbitos de la nación. En el poder los vencedores, y en el destierro los vencidos, cada quien ha visto sobre el muro de los recuerdos la faz desencajada del español víctima de la contienda, preguntando al cielo si su sacrificio ha sido estéril.

Por mi parte no lo creo. Vosotros, los españoles que escucháis mi voz, tampoco. La sangre derramada ha enlutado las almas y avivado momentáneamente los odios, pero a lo largo del proceso histórico los descendientes de los enemigos de ayer experimentan la común necesidad de purificarse, concediéndose un recíproco olvido y perdón.

¿Será este Mensaje el último que os dirija desde el destierro? ¿Podré hablaros el año 57 como un ciudadano más, envuelto simplemente en la toga de la experiencia, patrimonio de la ancianidad? Pienso que sí. Los gallos cantan albos y las brasas del patriotismo toman nuevo aliento, en medio de una gran esperanza a la que asisten conmovidos nuestros amigos de Europa y América.

Hagamos el último y gran esfuerzo para liquidar la pesadilla y sobre el solar reconquistado realicemos la tarea mayor de echar lla-

ves y cerrojos a los recuerdos de la guerra civil ; Oh, dulce y dura patria de nuestras glorias y nuestras penas ; madre de pueblos extendidos por tres continentes ; altísimo ejemplo de misión y sacrificio ; cura ya tus heridas y reúne en el seno del hogar a todos tus hijos para que en los días futuros pueda brotar, con fuerza renovada, la vieja nacionalidad !

Los ojos penetrantes de la experiencia se asoman al porvenir y lo prefiguran con exactitud. Murió una República y otra se está gestando. Al nacer inspirará sus actos, seguramente, en el doble y perenne servicio de la Patria y la Libertad. Más tarde, la voluntad general señalará los límites irrebasables y ante ellos habrán de inclinarse los ciudadanos y los partidos. Este 14 de abril promete ser umbral de la jornada gloriosa que los españoles esperan. Diversas señales lo anuncian transmitidas de oído a oído y de corazón a corazón. Quien desconfie, es infiel a su propio destino y desconoce la fortaleza del alma española, más heroica en la desgracia que acertada en la fortuna. Cierto de la victoria limitome a daros un consejo : construid la España y la República futura para todos los españoles, sin excepción, de tal manera que sean conjuntamente y desde el primer día, templo y hogar.

¡ VIVA ESPAÑA ! ¡ VIVA LA REPUBLICA !

Diego MARTINEZ BARRIO.

Paris, abril de 1956.



REPRODUCELO

ENVIALO A ESPAÑA

DIFUNDELO